

La crítica del realismo especulativo a la epistemología kantiana: correlacionismo objetivo y esquemas conceptuales

ALBERTO MORÁN ROA¹

Resumen

En este artículo se expondrá la crítica fundamental de Quentin Meillasoux hacia la epistemología kantiana como origen de la deriva correlacionista, que habría truncado la posibilidad de encuentro con las cosas en sí y encerrado el conocimiento en una esfera subjetivista. Después de exponer brevemente los motivos de esta crítica, así como las consecuencias que se le achacan al correlacionismo y las respuestas que ha recibido, se expondrá una réplica a Meillasoux que reivindique cómo en el programa crítico caben tanto la objetividad como la influencia en nuestra cognición de un mundo independiente de esta. Para ello se argumentará que el post-kantismo sellarsiano constituye un ámbito adecuado en el que buscar los mimbres de esta respuesta, pues conserva el papel epistémico de las estructuras conceptuales al mismo tiempo que contempla su modificación a partir de las informaciones y avances científicos. La respuesta de James O'Shea, una de las más completas y rigurosas provenientes de la estela sellarsiana, se complementa con observaciones sobre el papel epistémico de las sensaciones para armar una réplica a la crítica del realismo especulativo. Se concluye que, pese a las modificaciones epistémicas propuestas, la respuesta es fiel al programa crítico kantiano y su atención a las contribuciones científicas.

Palabras clave: epistemología, realismo especulativo, correlacionismo, objetividad, Immanuel Kant.

Speculative realism's critique of Kantian epistemology: Objective correlationism and conceptual frameworks

Abstract

This article will present Quentin Meillasoux's fundamental critique of Kantian epistemology as the origin of the correlationist drift, which would have truncated the possibility of an encounter with things in themselves and would have enclosed knowledge in a subjectivist sphere. After briefly outlining the reasons for this critique, as well as its consequences and the responses it has received, a rejoinder to Meillasoux will be presented, claiming that the critical programme includes both objectivity and the influence on our cognition of a world independent of it. To

¹ ESIC University. Contacto: alberto.moran@esic.university. ORCID: <https://orcid.org/0000-0001-7100-4971>.

this end, it will be argued that Sellarsian post-Kantianism is a suitable setting in which to look for the building blocks of this response, as it preserves the epistemic role of conceptual structures while at the same time contemplating their modification on the basis of scientific information and advances. James O'Shea's response, one of the most complete and rigorous in the Sellarsian wake, is complemented by observations on the epistemic role of sensations in order to mount a reply to the critique of speculative realism. It is concluded that, despite the proposed epistemic modifications, the response is faithful to the Kantian critical programme and its attention to scientific contributions.

Keywords: epistemology, speculative realism, correlationism, objectivity, Immanuel Kant.

1. La crítica de Meillassoux al correlacionismo kantiano

En el momento de escribir esas líneas queda poco más de un año para que se celebre el vigésimo aniversario de la publicación de *Después de la finitud* (*Après la finitude*), el texto fundacional del movimiento filosófico que se ha dado a conocer como realismo especulativo. En este trabajo, deudor del pensamiento de Alain Badiou y a caballo entre las tradiciones continental y analítica, Quentin Meillassoux sostiene que la filosofía contemporánea se encontraría, desde la modernidad, acotada por una limitación epistémica impuesta, a su vez, por una perspectiva que bautiza como 'correlacionismo'. Para el filósofo francés, el correlacionismo se caracteriza por restringir lo cognoscible a la correlación entre dos polos, sean estos sujeto y objeto, *nóesis* y *noema*, pensamiento y ser, o cualquier otro par binomial que sustentase un conocimiento siempre mediado y, por lo tanto, incapaz de una presentación de las cosas *per se*.

¿Cuándo habría comenzado tan prevalente deriva? Meillassoux sitúa el origen del correlacionismo en Kant, con su declaración de incognoscibilidad de la cosa en sí. En tanto origen de la problemática correlacionista, al programa crítico kantiano se le reprocha haber condicionado toda posibilidad de conocimiento a las estructuras del sujeto, incluyendo unas categorías *a priori* estancas que posibilitarían el organizar y dar forma a nuestra experiencia del mundo a partir de lo proporcionado

por la sensibilidad y la mediación de las operaciones sintéticas. Con todo, Meillasoux plantea que el filósofo de Königsberg habría defendido una modalidad ‘débil’ del correlacionismo, mientras que autores como Edmund Husserl y Martin Heidegger representarían la vertiente fuerte de este pensamiento. A partir de este giro original, el filósofo francés reflexiona acerca de cómo la pauta correlacionista habría dado lugar a los que diagnostica como algunos de los principales problemas epistémicos de la actualidad: desde el cierre subjetivista hasta el antropocentrismo, pasando por los relativismos y el pensamiento posmoderno.

El reproche común a todo correlacionismo es que abocaría a un escepticismo radical que socava la posibilidad de un conocimiento objetivo. Tal como Meillasoux plantea, si solo podemos conocer lo mediado por estructuras mentales o lingüísticas, no habría manera de afirmar verdades necesarias sobre una realidad independiente a la manera de lo propuesto por las ciencias naturales, que presuponen la existencia de leyes universales y un mundo externo accesible en sí a la cognición. Además, argumenta, el correlacionismo generaría una paradoja fideísta, pues al negar toda verdad en sentido fuerte abriría la puerta a discursos que quedan fuera del alcance de la crítica racional. El realismo especulativo y, en términos más amplios, un retorno al realismo sería para Meillasoux una respuesta no solo deseable, sino necesaria para recuperar el objetivo original de la filosofía de conocer las cosas como son, y no como se aparecen. En este sentido, el autor de *Después de la finitud* propone las matemáticas como procedimiento de acceso tanto a lo en sí como al carácter contingente del ser, esto es, la tesis central de que no habría razón necesaria para que las cosas sean como son.

Esta llamada a las armas teóricas ha tenido, sin duda, un marcado éxito: voces como las de Graham Harman, autor de la ontología orientada a objetos, Ian Hamilton Grant, Levi Bryant, o Reza Negarestani han enriquecido la discusión filosófica con relevantes aportaciones que aspiran a romper los límites antropocéntricos en los ámbitos epistémico u ontológico, estableciendo interesantes vínculos con disciplinas como el arte o la arquitectura. Por otra parte, se le ha criticado su heterogeneidad, su indeterminación en las posturas y los métodos, así como la falta de rigor de las críticas al programa crítico kantiano o a la fenomenología. A la salva crítica de Meillasoux y los realismos especulativos y nuevos han respondido, entre otros, Cardani (2016), Chiurazzi (2018), Martínez y

Pelegrín (2024), Wolfendale (2019) y Zahavi (2021). A estas respuestas se suma la de James O'Shea, que desgranaremos más adelante, y que sirve de médula para el apartado crítico del artículo.

En suma, se ha argumentado que el intento de Meillassoux de superar el correlacionismo es susceptible de caer en una forma de especulación que olvida los límites de la cognición humana y la necesidad de anclar el conocimiento en un proceso de mediación conceptual. Además de las propias tesis de Meillassoux, cabe impugnar los mimbres de su crítica, y las consecuencias de que haya sido concebida del modo en que lo hace. En este sentido, Golumbia menciona como una de las características más preocupantes de su recepción la “casi total falta de referencia a escritos secundarios e interpretativos sobre Kant” (2016, p. 3); asimismo, se suma a señalar la excesiva generalización tanto de la supuesta herencia del correlacionismo —apuntando a la vasta heterogeneidad de posturas en la tradición analítica que Meillassoux habría ignorado— como del propio término ‘correlacionismo’, que no habría sido concebido como un instrumento teórico de definición, acotamiento y demarcación, sino “por una razón académica práctica [con la que] evitar tener que enfrentarse a la voluminosa literatura filosófica anti-idealista” (2016, p. 7).

Por mi parte, he argumentado en otra contribución² cómo esta pérdida de matices se debe al modo en que Meillassoux plantea su crítica al correlacionismo. Defiendo que el argumento planteado en *Después de la finitud* tiene los mimbres de aquella forma de hacer historiografía de la filosofía que Richard Rorty (1984) denominó *Geistesgeschichte*, y que tiene por rasgo principal una estructura narrativa en la que el autor identifica una torsión, un desvío original que habría abocado a una deriva errada posterior que habría que subsanar, precisamente actuando sobre aquello que habría dado lugar al problema original. En el caso que nos ocupa, esta estructura se aprecia con transparente claridad: la torsión sería el correlacionismo, originada por Kant, que habría sumido todo el pensamiento posterior en una errancia que no habría hecho sino recrudecerse, hasta generar los problemas más acuciantes de nuestro tiempo.

² En “Balance y propuestas sobre la recepción kantiana por parte del nuevo realismo y el realismo especulativo”, de próxima publicación en un volumen coral de la colección Cartografías filosóficas (Tirant Lo Blanch).

La idea de que la filosofía debe emprender la tarea de solucionar aquella torsión original y corregir los desmanes posteriores es una perspectiva enteramente narrativa que, por su propia estructura, incurre en la eliminación o el olvido de detalles, matices y precisiones importantes, sin las cuales se presenta una contienda claramente delimitada, pero insuficiente y problemática. En este caso, Meillasoux no consigue que su crítica esquive los vicios en los que incurre la *Geistesgeschichte* rortyana: para que el proyecto kantiano encaje limpiamente dentro de los parámetros del correlacionismo y que pueda atribuírsele la deriva posterior, tiene que limar aquellos matices que constituirían aristas a esta atribución. En este artículo se subrayarán estas cuestiones, exponiendo cómo la crítica original al pensamiento de Immanuel Kant incurre en planteamientos problemáticos.

Para ello, se trabajará particularmente desde la tradición post-kantiana y sellarsiana, donde se han construido epistemologías que permiten hablar de criterios objetivos al mismo tiempo que dejan la puerta abierta a la reformulación de los conceptos con los que se construye nuestro conocimiento de la realidad. James O'Shea figura como una de las voces más interesantes dentro de esta respuesta al desafío especulativo, y aquí se reconstruirán los aspectos más importantes de su propuesta de un correlacionismo objetivo. En el primer apartado se atenderá al papel de Kant en el pensamiento de Wilfrid Sellars y en la tradición sellarsiana (que sería, por ello, post-kantiana), para a continuación desarrollar la propuesta de O'Shea por un correlacionismo objetivo. Los argumentos de los autores sellarsianos y la propuesta de O'Shea ponen de manifiesto las insuficiencias de la crítica de Meillasoux, y cómo su presentación narrativa de la influencia del correlacionismo (pese a la precisión introducida al considerarlo un correlacionismo 'débil') problematiza la tesis por la cual el programa crítico está en el origen de las formas exacerbadas de subjetivismo.

2. El legado kantiano en Wilfrid Sellars y sus continuadores

Wilfrid Sellars constituye una figura clave en la tradición filosófica post-kantiana, y su legado ha sido determinante a la hora de articular una forma de interpretar a Kant desde planteamientos como el pragmatismo, el naturalismo, el inferencialismo o, contraviniendo la crítica de Meillasoux, el realismo científico. La influencia de Kant en Sellars y el tratamiento de su

pensamiento vertebrados textos como *Science and Metaphysics: Variations on Kantian Themes, Empiricism and the Philosophy of Mind* o el volumen póstumo *Kant and Pre-Kantian Themes*, editado por Pedro Amaral. Sin embargo, Sellars no es un mero continuador de Kant: su propuesta impugna la visión de que nuestras estructuras conceptuales impongan unos límites fijos al conocimiento, abogando en su lugar por la posibilidad de revisar y reformular dichas estructuras. Pese a que constituye una de sus aportaciones centrales, este gesto no es exclusivamente suyo, y Gironi rastrea con rigor la trayectoria que le precede:

La tradición filosófica preocupada por la “relativización” del *a priori* kantiano sostiene que todo filósofo científico con perspectiva histórica puede y debe preservar la estructura epistemológica discursiva kantiana de un contacto empírico con la realidad mediado conceptualmente, pero solo cuando la noción de condiciones *a priori* de la experiencia se revisa (según diversas descripciones) en clave “relativista”, “contextual”, “pragmática” o “funcional” (2015, p. 92).³

Gironi observa cómo esta lectura atraviesa buena parte de la tradición analítica, desde la relativización de los principios apriorísticos por parte de Hans Reichenbach, motivada por la revolución científica einsteiniana y su apoyo en una geometría no euclídea, pasando por la discusión acerca de los marcos lingüísticos en el último Carnap, la crítica de David Lewis a la concepción tradicional de lo *a priori*, la lectura funcionalista de Arthur Pap, la aprioridad contextual de Hilary Putnam y el kantismo dinámico de Michael Friedman. Particularmente, este último habría enfatizado el objetivo del pensamiento kantiano de ofrecer un soporte filosófico a la mejor ciencia de su época, esto es, la física newtoniana. De acuerdo con esta premisa, un compromiso con el pensamiento kantiano no consistiría en una adhesión acrítica a los planteamientos que él mismo sostuvo, sino a una disposición atenta al juego de mutua constitución y el papel activo entre estructuras conceptuales y descubrimientos científicos, de modo que los segundos aparecen como deudores de las estructuras conceptuales del sujeto, pero al mismo tiempo se les conceda la posibilidad de problematizar e introducir transformaciones en las estructuras conceptuales. La comprensión dinámica de los marcos *a priori*, resume

³ La traducción, como la de todas las fuentes en inglés, es mía.

Gironi, se basa en la idea de que “los agentes epistémicos pueden explicar racionalmente [la modificación de estos marcos], refiriéndose al toma y daca experimental (e histórico) con una realidad física independiente de la mente” (2015, p. 105). Se trata, por lo tanto, de posturas al mismo tiempo realistas y herederas de Kant, como el propio Sellars,

un pensador kantiano de los pies a la cabeza, firmemente comprometido al mismo tiempo con la primacía irrevocable de las ciencias naturales para dirimir cuestiones de existencia y con la importancia, de inspiración kantiana, de las estructuras de pensamiento conceptual articuladas mediante inferencias, tanto para la comprensión de estos resultados científicos como para la explicación normativa de nuestro lugar (en tanto personas, seres intencionales) en el universo que describen. [Esto] hace que el proyecto de Sellars sea aceptable para el realista contemporáneo, que quiere distanciarse tanto del retorno a un realismo racionalista prekantiano como de la posibilidad de una metafísica puramente especulativa, tal como la defienden algunos “realistas especulativos” (Gironi, 2015, pp. 107–108).

La impronta kantiana en el pensamiento de Sellars no acaba aquí. Su crítica al ‘mito de lo dado’ se construye sobre la idea de que el conocimiento no puede reducirse a una simple recepción inmediata de datos sensoriales, y que la noción de ‘lo dado’, sin problematizar, ignora la función activa de las estructuras conceptuales en la construcción del conocimiento. Otro relevante concepto sellarsiano, que sustenta su propuesta inferencialista, es el presentado en *Empiricism and the Philosophy of Mind*, en el que introduce la idea del ‘espacio de razones’ como dominio en el que las afirmaciones son justificadas no por una referencia directa a los datos sensoriales, sino a través de relaciones entre proposiciones y creencias. Sellars argumenta que las percepciones no son simplemente datos brutos, sino que están impregnadas de un significado que les es conferido por el marco conceptual en el que están insertas: su propuesta, por lo tanto, plantea que el conocimiento no es puramente subjetivo ni simplemente una representación de un mundo externo; más bien, es una interacción entre las categorías del pensamiento y la realidad, en la que estas pueden ser modificadas a medida que nuestras concepciones del mundo cambian y se desarrollan.

Cabe señalar, asimismo, que la tradición sellarsiana no se limita a un post-kantismo dinámico. Uno de sus más conocidos representantes, Robert

Brandom, adopta la idea sellarsiana de que comprender significa operar dentro de un espacio de razones, es decir, dentro de un entorno en el que las proposiciones no solo se afirman o se niegan, sino que se justifican unas a otras mediante relaciones inferenciales. Desde una perspectiva pragmatista, Brandom enfatiza que la participación en este espacio implica la habilidad de los sujetos para asumir compromisos y reconocer las consecuencias normativas de estos. Así, los agentes no solo deben razonar dentro de un marco normativo, sino que también deben estar sujetos a él: esta idea de constricción se manifiesta en la capacidad de los sujetos para estar vinculados por las reglas inferenciales que definen qué implica racionalmente un enunciado dado. De este modo, si alguien afirma “el hielo es frío”, “debo velar por el interés común” o “una cábala secreta gobierna el mundo”, está implicando toda una serie de inferencias posibles y comprometiéndose a la verdad de ciertas proposiciones conectadas entre ellas. Por otra parte, otros autores han llevado a cabo una lectura científicista de Sellars: tal es el caso de Paul Churchland, representante del eliminativismo materialista, quien plantea que el espacio de razones no es un ámbito lógico, discursivo y trascendental, como lo entiende Brandom, sino un producto emergente de procesos cerebrales.

Esta sustancial divergencia entre discípulos de Sellars evidencia las posibilidades de su pensamiento, que rescata la posibilidad de una objetividad sin por ello imponer limitaciones estrictas acerca de cómo o de qué modo se construye esa objetividad. Precisamente desde la herencia sellarsiana se ha llevado a cabo una de las más provechosas lecturas del programa crítico kantiano con respecto a la impugnación del realismo especulativo: es el caso de la propuesta por James O’Shea, que recoge aspectos sellarsianos tales como el carácter dinámico de las estructuras conceptuales y la posibilidad de un conocimiento objetivo (pero en continua reformulación) para defender que la epistemología kantiana no incurriría en los problemas que le atribuye Meillasoux.

3. La respuesta de James O’Shea

3.1. La epistemología kantiana como correlacionismo objetivo

Como se acaba de mencionar, la epistemología de O’Shea contempla las posibles reformulaciones conceptuales a las que conducen los

descubrimientos científicos, sin quedar atrapado en un círculo donde las estructuras cognitivas se auto-validan sin referencia al mundo. Al garantizar una objetividad revisable, la epistemología de O'Shea introduce un concepto de verdad en permanente desarrollo, sensible a los avances científicos y a hallazgos como, precisamente, el archi-fósil que Meillasoux emplea para atacar el correlacionismo kantiano. En dicho argumento, el autor de *Después de la finitud* plantea que la existencia probada científicamente de objetos anteriores a toda cognición (como la radiación de fondo de microondas) presionaría la tesis correlacionista kantiana según la cual no puede haber objetos sin la mediación de una cognición. ¿Existía, por lo tanto, esa radiación en los albores del universo? ¿Qué *había* en aquel entonces, en un universo privado de cogniciones, si es la cognición la que sustenta el haber mismo?

O'Shea responde a esta pregunta retórica admitiendo, en primer lugar, que Meillasoux partiría de una premisa correcta. El filósofo francés estaría en lo cierto cuando afirma que lo trascendental es la condición de conocimiento de los cuerpos; pero añade que, al mismo tiempo, el cuerpo es la condición mediante la cual *tiene lugar* lo trascendental. Resulta tentador afirmar, a partir de esta tesis, que en ausencia tanto de cuerpos como de cogniciones no puede existir lo trascendental, por lo que en un tiempo carente de ambos no habría principios apriorísticos capaces de constituir el objeto a partir de la intuición dada, pese a que ahora sabemos que, de hecho, había objetos. Podemos expresar esta impugnación apoyándonos en los términos kantianos: lo que Meillasoux plantea es que sin un sujeto cognoscente contra (*gegen*) el cual la intuición pueda estar 'puesta' (*stand*) no puede haber intuición dada (*Gegenstand*), *ergo* no puede haber objeto trascendental (*Objekt*). Por lo tanto, si hacemos caso al argumento del francés, no quedaría más remedio que admitir que, mientras la ciencia proporciona valiosa información sobre los objetos de aquel tiempo, para el correlacionismo kantiano, en no habiendo sujetos ni objetos trascendentales, no habría *nada*.

Sin embargo, de acuerdo con O'Shea, Meillasoux habría construido su impugnación sobre un error fruto de una inferencia falaz. El punto de partida, como se ha dicho, es correcto: el sujeto trascendental kantiano requiere, como condición necesaria, de una corporeización espaciotemporal y un conocimiento situado. Pero a partir de esta premisa válida, Meillasoux

habría extraído una conclusión falsa: que los argumentos correlacionistas kantianos acerca de las formas necesarias de cualquier cognición finita y autoconsciente dependen, esencialmente, de premisas o conceptos referidos a la emergencia de tales sujetos corporeizados. El sujeto trascendental kantiano no se refiere a un sujeto empírico en el sentido de una entidad corpórea concreta, sino a la estructura formal que hace posible cualquier experiencia: la corporeización espaciotemporal es una condición de los sujetos finitos, pero no implica que la trascendentalidad misma dependa de la aparición o emergencia de entidades corpóreas concretas. Trasladando esta observación a la cuestión del archi-fósil, cabe decir que el hecho de que en aquel tiempo no hubiese un cognoscente corporeizado ante el cual se diese la intuición de la radiación de fondo de microondas no aboca a afirmar que esta no existía. Podría exponerse, en coherencia con el programa crítico kantiano, que existían una serie de procesos que, de haberse llegado a dar en un múltiple sensible, en caso de haber sido aprehendido por una cognición, este se hubiese visto sometido a la estructura formal, conceptual y normativa que lo hubiese constituido en objeto.

Pero O'Shea no se limita a refutar el argumento del archi-fósil, sino que extiende su comentario al núcleo de la tesis de Meillasoux: que el correlacionismo kantiano abocaría a una auto-referencialidad del sujeto que impediría el acceso a cualquier objetividad y a las cosas en sí. De acuerdo con la lectura de O'Shea sí cabría la búsqueda de una objetividad, concretada en un esfuerzo por probar la existencia de "*conexiones necesarias y anidadas entre conceptos* en varios niveles de abstracción a partir de nuestra experiencia histórica, plenamente encarnada, espaciotemporal y empíricamente rica" (2018, p. 26; las cursivas son mías). Es la experiencia, por lo tanto, constituida con arreglo a todos los parámetros que quedan recogidos en la definición, la que pone el material en bruto que es agrupado con arreglo a las funciones conceptuales para articular una estructura normativa. De acuerdo con su lectura de la *Crítica de la razón pura*, O'Shea argumenta que el progreso argumental que atraviesa las dos mitades de la segunda edición de la *Deducción trascendental* y conduce hasta los principios trascendentales de la razón y del juicio reflexivo "implica aquellas condiciones cada vez más específicas, empíricas e incluso corporales, que son necesarias para satisfacer las condiciones abstractas que se exponen al inicio del argumento" (v. 2018, p. 26). Tanto la refutación del archi-fósil como la defensa de las posibilidades

de objetividad se encuentran, como los extremos de la herradura, en un argumento por parte de O'Shea que merece citarse por entero:

El grave error consiste en sostener que las conexiones conceptuales abstractas que se demuestran en un determinado nivel (por ejemplo, en la *Deducción trascendental*) dependen de instanciaciones particulares de las condiciones necesarias y, eventualmente, empíricas, que también son demostrablemente necesarias al asumir condiciones subsiguientes y más específicas (como el movimiento). El correlacionismo objetivo kantiano, desde mi punto de vista, intenta demostrar de forma plausible, por ejemplo, que cualquier cognición autoconsciente, finita y receptiva a lo sensible tiene que serlo, directamente, de un mundo de objetos en general concebido para persistir con independencia de dichas percepciones. [...] La validez de los principios trascendentales del correlacionismo objetivo no dependen de la particular instanciación *de re* de esos principios, independientemente de la manera peculiar en la que se instancian o pueden ser instanciados. [El argumento] es que, si existe tal cognoscente finito, etc., debe satisfacerse la serie de condiciones necesarias anidadas y de distintos grados de abstracción, pero de modo tal que, en el nivel empírico, esta no puede especificarse a priori de forma determinante, sino solo de forma indeterminada, de acuerdo con las máximas regulativas de la razón o el juicio reflexivo (2018, p. 27).

Esto implica que, aunque las estructuras *a priori* son necesarias, la aplicación de las categorías en el ámbito empírico se fundamenta en principios de juicio reflexivo que orientan, pero no determinan de manera estricta, su aplicación en cada caso: esta es la premisa a partir de la que O'Shea postula la necesidad de entender las estructuras conceptuales en clave dinámica. Las condiciones trascendentales posibilitan la experiencia, pero solo pueden concretarse mediante la aplicación del juicio reflexivo, que actúa conforme a principios que no son meramente mecánicos ni absolutamente deterministas. El desarrollo epistemológico kantiano, por tanto, concibe el conocimiento como condicionado por la estructura del entendimiento, pero también dotado de flexibilidad y apertura a la variabilidad de las experiencias concretas, guiado por funciones que reflejan la capacidad adaptativa y creativa del juicio. En la lectura de O'Shea, la uniformidad y la sistematicidad empírica, manifestadas en el descubrimiento de la estabilidad e inestabilidad relativas en las leyes empíricas de la naturaleza, son aspectos que permiten un ajuste y una revisión continua de nuestra concepción de dichas leyes: esta adaptabilidad refleja que el

conocimiento empírico no es un sistema cerrado, sino uno que evoluciona conforme se amplían nuestras experiencias y comprensiones del mundo fenoménico (v. 2018, p. 30). Así, la epistemología kantiana se sitúa en un marco donde la razón se utiliza de manera crítica y regulativa, orientada a guiar la exploración de la naturaleza sin pretender establecer la necesidad absoluta de las leyes empíricas.

O'Shea concluye que el proyecto de Meillassoux, que busca demostrar *a priori* la necesidad de las leyes empíricas de la naturaleza mediante una deducción racional de “todas las posibilidades concebibles (no contradictorias)” en comparación con “todas las posibilidades experimentadas”, sería interpretado desde la perspectiva kantiana como un uso indebido y dogmático de la razón (2018, p. 30). Esta crítica se fundamenta en la distinción que Kant hace entre los usos regulativo y constitutivo de la razón: mientras que el primero permite orientar la investigación y la coherencia de las leyes empíricas sin imponer una necesidad metafísica, el uso constitutivo, que intenta derivar las leyes empíricas de manera *a priori*, se consideraría un exceso dogmático. Este planteamiento enfatiza que, para Kant, la razón crítica reconoce la imposibilidad de afirmar de manera concluyente la necesidad *a priori* de las leyes empíricas, dado que estas se configuran a partir de la experiencia y están sujetas a revisiones. Por lo tanto, cualquier intento de establecer un fundamento absoluto y racional para estas leyes chocaría con la perspectiva kantiana de la razón como facultad crítica y autoconsciente, que opera dentro de los límites de lo fenoménico y reconoce su dependencia de la experiencia.

3.2. La reflexión en torno a la *Segunda analogía*

Encontramos una prefiguración del argumento de O'Shea de 2018 en su análisis de 1997 de la *Segunda analogía*. Como se sabe, en dicho apartado Kant explica cómo la experiencia de la sucesión temporal en los fenómenos depende de una ley de causalidad que garantiza su conexión necesaria:⁴ esta

⁴ “Todo lo que sucede (empieza a ser) presupone algo a lo cual sigue *de acuerdo con una regla*” (A189); “Todos los cambios tienen lugar de acuerdo con la ley que enlaza causa y efecto” (B232) (traducciones de Pedro Ribas [Kant, 2013]). Como observa Oroño (2024, p. 205), la definición de A correspondería a “la denominada versión débil del principio de causalidad, pues ella parece ser compatible con la posibilidad de que la misma causa provoque distintos efectos (incluso bajo las mismas condiciones experimentales)”, mientras que la definición de B “parece ser compatible con una versión fuerte del principio de causalidad, ya que puede ser leída en los siguientes términos: bajo las mismas condiciones experimentales, a una causa x, sigue necesariamente un efecto y. Es decir, a

concepción plantea una relación esencial entre las leyes trascendentales del entendimiento, que operan *a priori* mediante las categorías, y las leyes empíricas que se derivan *a posteriori* de la experiencia sensorial. A este respecto, O'Shea señala la dificultad de comprender cómo estas leyes empíricas, derivadas del contacto con la realidad fenoménica, se ajustan y deben conformarse a las estructuras *a priori* establecidas por el entendimiento (1997, p. 216). Kant ejemplifica esta idea al referirse al cambio de estado de la cera (en el célebre ejemplo de *La disciplina de la razón pura*), que de sólida pasa a líquida bajo la acción del calor del sol: aunque puedo saber *a priori* que un cambio como el derretirse de la cera debe tener una causa, no puedo determinar *a priori* cuál será esta causa específica sin la mediación de la experiencia. Este ejemplo subraya que, si bien las leyes de causalidad son necesarias y universales, no pueden especificar de antemano las causas empíricas concretas.

Del mismo modo, para Kant, la ordenación temporal no es un contenido que se perciba directamente; el tiempo es una estructura relacional de los contenidos de la experiencia. Así, la sucesión de los eventos debe juzgarse como una relación en la que algo en las apariencias precedentes produce la aparición subsecuente. Dado que el tiempo absoluto no es un objeto de percepción, la determinación de la posición temporal no puede derivarse de una relación directa con el tiempo en sí, sino que debe proceder de la relación causal entre los fenómenos: en palabras de Kant, “no podemos percibir el tiempo en sí mismo, como no podemos determinar en el objeto, empíricamente, por así decirlo, lo que precede y lo que sigue” (KrV, B234). Pero, como observa O'Shea, los únicos candidatos disponibles para establecer estas relaciones de sucesión son los sucesos empíricos de primer orden (1997, p. 222):

Así pues, hay también una indispensable ley de *la representación empírica* de las series temporales consistente en que los fenómenos del tiempo anterior determinan toda existencia en el tiempo siguiente y en que los fenómenos del tiempo siguiente no tienen lugar, en cuanto sucesos, sino en la medida en que los fenómenos del tiempo anterior determinan su existencia temporalmente, es decir, la establecen de acuerdo con una regla. En efecto, *sólo en los fenómenos podemos captar empíricamente esta continuidad en la conexión de los tiempos* (KrV, A199/B244).

las mismas causas, siguen los mismos efectos (en caso de que se conserven las condiciones experimentales)”.

La *Segunda analogía* proporciona así una regla trascendental que afirma la necesidad de la existencia de leyes empíricas que limiten las apariencias, aunque no especifica *a priori* cuáles deben ser estas leyes. Las conexiones empíricas deben cumplir con la estructura de causalidad determinada por el entendimiento, pero la naturaleza exacta de estas conexiones solo puede conocerse mediante la experiencia concreta: como plantea el propio Kant, “el entendimiento transfiere el orden temporal a los fenómenos y a su existencia, en el sentido de que asigna a cada uno de ellos —en cuanto consecuencia— una posición temporal determinada *a priori* con respecto a los fenómenos anteriores” (KrV, A200/B245). O’Shea subraya que la contingencia no reside en la posibilidad de que las leyes empíricas carezcan de necesidad, sino en el hecho de que no se pueden legislar *a priori*; solo la experiencia puede revelar qué leyes empíricas satisfacen este requisito apriorístico (1997, pp. 223–224). Por tanto, aunque las leyes empíricas pueden variar, su conformidad con la causalidad como condición trascendental es ineludible.

Este desarrollo implica una dependencia fundamental respecto a la donación del objeto en la estructura del conocimiento kantiano. Si bien el entendimiento impone condiciones necesarias para la experiencia mediante las categorías, la aplicación de estas condiciones se concreta a través de leyes empíricas derivadas de la experiencia sensorial: “en la imaginación no se halla preestablecido, en lo que al orden de secuencia se refiere, qué es lo que debe preceder y qué es lo que ha de seguir” (KrV, A241/B246). La epistemología kantiana, por tanto, reconoce un marco en el que lo trascendental y lo empírico se relacionan de manera que garantiza la objetividad y la posibilidad de un mundo exterior consistente, donde los fenómenos se articulan según leyes que pueden variar en contenido, pero no en su conformidad con la causalidad necesaria establecida por el entendimiento.

Queda, por lo tanto, una cuestión pendiente, y es cómo ese mundo independiente de las facultades cognitivas del sujeto, al ser captado por este, pasa a tener un papel en esquemas conceptuales normativos. Para ello, resulta útil recurrir al análisis de Watkins al respecto del papel epistémico de las sensaciones.

3.3. El papel de las sensaciones

El problema que se plantea en el contexto de la epistemología kantiana respecto al papel de las sensaciones se centra en cómo las normas y los contenidos conceptuales operan a partir de un material que, en sí mismo, es no conceptual. Watkins (2012) ofrece una perspectiva que subraya la importancia de este problema al destacar que, para Kant, la cognición se constituye a partir de una serie de elementos interrelacionados: las sensaciones, las intuiciones, los conceptos y los juicios. Las sensaciones actúan como el *input* indispensable sobre el cual las funciones conceptuales ejercen su capacidad de síntesis: tanto el papel de las estructuras conceptuales como la transformación de las sensaciones en contenidos normativos no es innegociable, pues “las sensaciones solo pueden ser ordenadas y dispuestas en cierta forma en algo que no puede ser, a su vez, sensación” (KrV, A20/B34). Por último, la identidad y la aplicabilidad de los juicios dependen de los conceptos, los cuales, a su vez, se definen como funciones que determinan qué puede y qué no puede ser considerado como un *input* válido.

Este enfoque subraya una estructura de dependencia entre lo sensible y lo conceptual, donde las sensaciones, aunque carentes de contenido normativo propio, son esenciales para la formación de juicios significativos. Kant defiende que las sensaciones son la materia prima de la experiencia, un substrato que debe ser ordenado por el entendimiento mediante las categorías *a priori*. De este modo, las sensaciones se transforman en intuiciones empíricas que, cuando son sintetizadas por el entendimiento, permiten la aplicación de conceptos y, en última instancia, la elaboración de juicios con pretensión de validez universal.

Watkins sostiene que, desde un punto de vista naturalista, las sensaciones deben entenderse como efectos causales producidos por los objetos sobre el sujeto cognoscente. Esta interpretación sugiere que el *input* de las funciones asociadas a conceptos empíricos tiene una naturaleza descriptible en términos causales y físicos; sin embargo, y en coherencia con la lectura kantiana, Watkins defiende que debe mantenerse una distinción esencial entre el input sensible y el output normativo. Esta distinción resalta que la operación conceptual no puede ser reducida a una mera causalidad mecánica; las sensaciones, aunque generadas por procesos

naturales, se insertan en un marco normativo regido por las reglas y condiciones impuestas por los conceptos y juicios.

La idea de ‘representación discursiva del mundo’ es central para entender cómo las sensaciones se articulan con las funciones conceptuales. Esta representación implica que, a pesar de que las sensaciones proporcionan el contenido empírico bruto, su transformación en conocimiento requiere que sean integradas por funciones conceptuales que las ordenan y les confieren sentido normativo. Así, las funciones conceptuales unifican el múltiple de la sensibilidad en un esquema coherente que resulta en un juicio objetivo. Desde una perspectiva más amplia, esta distinción kantiana entre *input* sensible y *output* normativo tiene implicaciones para la comprensión del conocimiento como un proceso que se da bajo condiciones tanto naturales como normativas. Las sensaciones, aunque producidas por causas externas en el mundo fenoménico, deben ser conceptualizadas para que puedan formar parte de un conocimiento que aspire a la objetividad. Este proceso de conceptualización implica que el marco categorial y normativo, en el cual se experimenta y piensa el mundo, determina cómo las sensaciones se incorporan a la estructura del juicio y se transforman en contenido cognitivo significativo.

El pensamiento de Kant, en consecuencia, subraya que el conocimiento empírico solo puede tener validez si es capaz de referirse a un mundo exterior, un mundo que existe independientemente de nuestras representaciones. Las sensaciones, en tanto límite de lo conceptual, garantizan que nuestros juicios y proposiciones no se limiten a un solipsismo, sino que puedan ser contrastados con una realidad objetiva. De este modo, las sensaciones, a pesar de su falta de contenido normativo propio, se insertan en un sistema donde están sujetas a reglas y normas que trascienden la mera causalidad, permitiendo que la razón pueda orientarse hacia lo que realmente es el caso, en oposición a lo que solo parece ser. Esta comprensión de las sensaciones no solo subraya su papel como fundamento del conocimiento empírico, sino también como elementos que, al ser sometidos al esquema categorial del entendimiento, aseguran que los juicios resultantes posean un carácter normativo y una pretensión de validez objetiva. Así, el aporte de Watkins y la reinterpretación del papel de las sensaciones desde un punto de vista kantiano, ilustran cómo la experiencia y

el conocimiento se anclan en una relación entre las condiciones empíricas y las funciones normativas que las estructuran.

4. Conclusión

La epistemología post-kantiana desarrollada por James O'Shea, fundamentada en las ideas sellarsianas, ofrece una respuesta sólida a la crítica de Meillassoux al correlacionismo: al enfatizar que el conocimiento es un proceso de mediación conceptual que se somete a un escrutinio crítico y se corrige a través de la experiencia intersubjetiva, presenta una visión en la que la objetividad es posible sin caer en la ilusión de un acceso directo a las cosas en sí. Esta respuesta no solo preserva la riqueza normativa y crítica de la tradición kantiana y sellarsiana, sino que también muestra cómo el pensamiento y la experiencia pueden trascender las limitaciones impuestas por un correlacionismo estático. La noción de objetividad como participación en un proceso normativo compartido, en el cual las creencias y percepciones se escrutan a través de las prácticas discursivas y las evaluaciones colectivas, permite que el conocimiento humano avance y se ajuste a nuevas evidencias, respondiendo a la crítica de que el correlacionismo encierra al sujeto en una subjetividad inalterable. Si bien la percepción implica una respuesta sensorial a los objetos, esta debe interpretarse dentro de un sistema de conceptos para tener valor epistémico: por lo tanto, rechaza la noción de algo dado inefable, argumentando que la significatividad del conocimiento se sostiene mediante la articulación conceptual.

El programa crítico kantiano, en su esencia, no debe ser interpretado como una estructura rígida y cerrada, sino como un marco que invita a la constante reinterpretación y renovación a la luz de los avances del conocimiento. En este sentido, la revisión contemporánea de dicho programa, tal como la presenta Friedman y en sintonía con las críticas de corte sellarsiano, es testimonio de la vitalidad de la filosofía crítica y de su capacidad para dialogar con los desarrollos científicos más avanzados. Esta perspectiva pone de manifiesto que la lealtad al pensamiento de Kant no se encuentra en una adhesión dogmática a los presupuestos aristotélicos, euclídeos y newtonianos sobre los que se erige el texto, sino en la disposición a reexaminar y adaptar los principios fundacionales de la *Crítica* para mantener su relevancia en un contexto en el que la ciencia ha

transformado radicalmente nuestra comprensión de la realidad. De acuerdo con Friedman, Kant mismo habría construido su proyecto filosófico sobre la base de la mejor ciencia de su tiempo, en particular la física newtoniana, considerándola no solo como una serie de descubrimientos empíricos, sino como un paradigma capaz de informar la estructura misma de la razón. Esto refuerza la idea de que un enfoque genuinamente kantiano debe involucrar la asimilación crítica de los nuevos desarrollos científicos, tales como la relatividad especial, la física estadística y cuántica y la teoría de la evolución de las especies. Tales avances, lejos de ser elementos ajenos al núcleo del pensamiento kantiano, serían fenómenos que el propio Kant, fiel a su método, habría integrado y examinado rigurosamente para recalibrar las categorías y principios a través de los cuales la razón organiza la experiencia. Así, el programa kantiano se reafirma no como un conjunto de verdades invariables, sino como un método filosófico que muestra una profunda capacidad de autocrítica y actualización.

Referencias

- Brandom, R. (1994). *Making It Explicit: Reasoning, Representing, and Discursive Commitment*. Harvard University Press.
- Cardani, M. (2016). Vuelta a la realidad: Nuevo realismo contra Kant. En J. M. Navarro Cordón, R. V. Orden Jiménez y R. Rovira (Eds.), *Nuevas perspectivas sobre la filosofía de Kant* (pp. 57–66). Guillermo Escolar Editor.
- Chiurazzi, G. (2018). Reality and Possibility: A Defense of Kant against New Realisms. *Research in Phenomenology*, 48(2), 197–208.
- Gironi, F. (2015). What Has Kant Ever Done for Us? Speculative Realism and Dynamic Kantianism. En S. De Sanctis y A. Longo (Eds.), *Breaking the Spell: Contemporary Realism Under Discussion* (pp. 89–113). Mimesis.
- Golumbia, D. (2016). Correlationism: The Dogma that Never Was. *Boundary: An International Journal of Literature and Culture*, 43(2), 1–25.
- Martínez, L. y Pelegrín, L. (2024). *La cosa, en sí. Por qué volver a Kant*. Herder.
- Kant, I. (2013). *Crítica de la razón pura*. Taurus.

- Meillasoux, Q. (2016). *Después de la finitud*. Caja Negra.
- Oroño, M. (2024). El significado objetivo de la categoría de necesidad en el criticismo de Kant. *Revista de Estudios Kantianos*, 9(1), 197–214. <https://doi.org/10.7203/REK.9.1.28268>
- O'Shea, J. (1997). The Needs of Understanding: Kant on Empirical Laws and Regulative Ideals. *International Journal of Philosophical Studies*, 5(2), 216–254.
- O'Shea, J. (2018). After Kant, Sellars, and Meillasoux. Back to Empirical Realism? En F. Gironi (Ed.), *The legacy of Kant in Sellars and Meillasoux: Analytic and Continental Kantianism* (pp. 21–40). Routledge.
- Rorty, R. (1984). The Historiography of Philosophy: Four Genres. En R. Rorty, J. B. Schneewind y Q. Skinner (Eds.), *Philosophy in History. Essays on the Historiography of Philosophy* (pp. 49–76). Cambridge University Press.
- Sellars, W. (1956). Empiricism and the Philosophy of Mind. *Minnesota Studies in the Philosophy of Science*, 1, 253–329.
- Watkins, E. (2012). Kant, Sellars, and the Myth of the Given. *The Philosophical Forum*, 43(3), 311–326.
- Wolfendale, P. (2019). *Object-Oriented Philosophy: The Noumenon's New Clothes*. Urbanomic.
- Zahavi, D. (2021). ¿El final de qué? Fenomenología vs. realismo especulativo. *Investigaciones Fenomenológicas: Anuario de la Sociedad Española de Fenomenología*, 18, 208–236.

Recibido: 15/11/2024

Aceptado: 16/06/2025